

## **Antropología en la ciudad: la intersección entre lo local y lo global y el trabajo de campo**

Montserrat Cañedo

*Jornadas de Metodología e Investigación en Antropología*, Departamento de Antropología Social y Cultural de la UNED, Escuelas Pías, Madrid, 2010.

### **Introducción y planteamiento**

Lo que quiero hacer en mi turno de palabra es presentaros una experiencia de trabajo de campo, en relación a un proyecto concreto de investigación ya finalizado, haciendo hincapié en distintos problemas y reflexiones que me fueron surgiendo al hilo del desarrollo de este trabajo, que pueden ser relevantes para pensar sobre el trabajo de campo como metodología de investigación y la antropología como disciplina.

Esto es, presentar algunas generalidades sobre el trabajo de campo a partir de una experiencia concreta que sólo puedo presentar de pasada (por cuestiones de tiempo).

### **¿Qué tipo de trabajo de campo quiero presentar aquí?---- “En la ciudad” y “en casa”**

Un trabajo de campo “en la ciudad”, y un trabajo de campo “en casa”, esto es, en un contexto familiar para la investigadora porque, si bien no es su lugar de origen, sí es el lugar donde lleva residiendo y por el que lleva transitando ya casi quince años.

Aunque hoy en día se hacen trabajos de campo a montones tanto “en la ciudad” como “en casa”, se trata quizá de la modalidad menos coincidente con la imagen clásica o el “tipo ideal” de trabajo de campo (que aún perdura en el imaginario social), que está basado en la idea de un “encuentro con lo distinto” que, por fuerza, ha de producirse en entornos muy diferentes de aquel del que procede el antropólogo. “Lo distinto”, así, ha estado codificado tradicionalmente –y aún en gran parte lo está ahora- detrás de barreras geográficas, étnicas, lingüísticas... La imagen del antropólogo en una aldea remota de África o Sudamérica..

Pero lo cierto es que la “diversidad cultural” no necesita estar codificada así, porque está presente en todas partes. En Madrid, no todo es nuestra “casa”, y la relación entre lo extraño y lo familiar puede sentirse tan intensamente presente como en lugares remotos. Entonces, ¿por qué no hacer trabajo de campo en Madrid?

### **Un trabajo de campo en Lavapiés**

O más cerca todavía, ¿por qué no hacer un trabajo de campo en Lavapiés, que es donde nos encontramos ahora?

El trabajo de campo que traigo aquí es un trabajo de campo que realicé hace unos años. En él se trataba de analizar el proceso de rehabilitación urbanística que afecta al barrio de Lavapiés desde 1997; una política pública de grandes dimensiones, que se ha traducido en la emergencia de una arena política, en la que participan distintos sectores sociales: antiguos vecinos hoy ancianos que emigraron a Lavapiés desde el campo en su juventud (un 16% de mayores de 65, gran parte mujeres viudas que viven solas); jóvenes bohemios que llegan atraídos por la vida cultural y de ocio en el barrio; nuevos inmigrantes de distintas procedencias étnicas y nacionales (más de un 40% de no nacionales) que encuentran en Lavapiés el atractivo de la centralidad urbana, la densidad de las redes de compatriotas y los –relativamente- bajos precios de las viviendas en peores condiciones. Están también los técnicos de la Administración que trabajan en Urbanismo o en Servicios Sociales, las muchas asociaciones que intervienen en el campo de lo social, o lo cultural; una fuerte asociación de vecinos que es heredera del “Movimiento Ciudadano” de los 70, con toda una tradición de prácticas de reivindicación y de articulación de un sujeto social “vecino” en torno a lo que han llamado “derecho a la ciudad”. Y además un fuerte movimiento okupa. Y los “marginales” en la Plaza de Tirso de Molina, o el “mercado de la quincalla” que ha ido cambiando de ubicación en las calles del barrio.

Y en esta heterogeneidad social, en el marco de las políticas de Rehabilitación urbanística como arena política, lo que en último extremo se discute es si el barrio necesita o no rehabilitación, qué significa rehabilitar el barrio y cómo debe la rehabilitación llevarse a cabo. Y detrás de eso: quién es vecino, qué valores y qué prácticas implica ser vecino y qué tiene que ver el Estado –que es quien financia y

diseña el plan de Rehabilitación- con todo esto. Y el último lugar cómo se configura un barrio como espacio físico y socio-cultural, y qué relación tiene con la ciudad.

### **¿Por qué este estudio?: Motivaciones de una elección**

Resulta interesante preguntarse por las motivaciones que le llevan a una a definir en objeto de investigación y, en relación a eso, un trabajo de campo.

En esas motivaciones siempre hay una parte personal, una ecuación personal que tiene que ver probablemente con como la propia trayectoria de una ha ido moldeando su carácter, sus intereses y su sensibilidad. Hay también una motivación que tiene sus raíces en la tradición disciplinar, que nos orienta a la hora de percibir qué es interesante. Muchas veces ambos tipos de motivos se funden, en parte supongo porque la categoría de “interesante” siempre hace referencia a una época y a un contexto concretos, como una placenta que envuelve el desarrollo tanto las disciplinas científicas como de nosotros mismos, como individuos concretos.

En el caso concreto de Lavapiés, es evidente que hoy en día, pero más todavía hace 10 años cuando comencé este trabajo de campo, representaba una suerte de metáfora de la “gran ciudad global”, en la estela (modesta, pero la misma estela al fin y al cabo) de otras ciudades como Londres, París O nueva York. Una metáfora de los rasgos que definen a las ciudades globales: la diversidad y la complejidad. El primer eje de diversidad era la inmigración extranjera. Y tal vez el más visible, debido a nuestra configuración cultural de lo distinto como aquello codificado tras barreras étnicas y nacionales. Si en España se ha producido un cambio radical en la presencia de inmigración extranjera (DATOS DE 1990 a 2010), Lavapiés siempre fue punta de lanza de ese fenómeno; esto es, un espacio urbano donde eran visibles muchos extranjeros. Esto, observado hace diez años desde un contexto en el cual la población era mayoritariamente de origen nacional y lengua española, no podía por meno que resultar “relevante”, y al mismo tiempo “fascinante” para una aprendiz de antropóloga que venía de una ciudad de provincias (donde Madrid “se veía de todo, mucha gente rara”, una frase que todavía escucho de cuando en cuando). Pero también la diversidad hacía referencia a otro tipo de distinciones muy obvias y visibles en el espacio físico del barrio: ancianas y okupas, marginales y bohemios, ONGs y técnicos del IVIMA, o de

Servicios Sociales... Hoy en día esta imagen de la diversidad como efervescencia atractiva, como superposición de “mundos culturales” suena ya un poco a deja vu por lo reiterada y manida: después de muchos trabajos, videos, fotografías, artículos de El país, películas, relatos... señalando el atractivo de Lavapiés como “espacio multicultural” la caso ya no suena tan nueva como hace 10 años. Pero es interesante reflexionar como la percepción personal, social y disciplinar de “lo interesante” respira un mismo “aire de época”.

Respecto a lo “interesante” de la rehabilitación de Lavapiés desde la agenda de la antropología, eran evidentes una serie de cuestiones, de hilos temáticos que podían profundizarse en un trabajo de campo como el que me planteaba realizar.

- La “multiculturalidad” (étnica, generacional...) y su articulación.
- Las relaciones des Estado con la producción de espacios urbanos (no olvidemos que la Rehabilitación era y es un instrumento de intervención estatal sobre la ciudad). En ese contexto la Rehabilitación de Lavapiés como un ejemplo o concreción de un proceso más general a rehabilitar áreas consideradas urbanística y socialmente “degradadas” de los centros de las grandes ciudades. ¿Qué relación tiene esta dimensión global del fenómeno de las rehabilitaciones urbanas con el espacio local de Lavapiés?
- La rehabilitación como arena política, como ángulo para observar visiones de lo urbano en conflicto (movimiento vecinal, okupas).
- Fenómenos de exclusión social relacionados con la re-producción del espacio urbano (quiénes son los marginales, qué efectos tiene la rehabilitación en la reproducción de la marginalidad) y cómo documentar ese proceso de génesis de desigualdad en un caso empírico concreto.
- Interesante también la historia de Lavapiés como “barrio bajo”, como lugar peligroso, degradado, objeto de mil y una intervenciones y rehabilitaciones, y mil y una representaciones en la literatura, el teatro...: desde los médicos higienistas del XIX que encontraron en Lavapiés el foco de infección epidémico

y socio-moral de la ciudad, hasta la representación del “populacho” quintaesenciado en Lavapiés que aparece en las novelas de Barea, Baroja o Agustín de Foxá. O, la otra cara del populacho, el “pueblo auténtico”, que aparece en los sainetes costumbristas, en el Julián de la “Verbena de la Paloma”, o la cigarrera –de la Fca. De Tabacos que está aquí al lado- como quintaesencia de la “mujer popular”; en definitiva Lavapiés como un espacio históricamente reelaborado y re-imaginado por artistas, políticos y científicos, y el papel central que juega “lo popular” como objeto central de esa reelaboración simbólica (y no sólo simbólica, pues la rehabilitación implica consecuencias prácticas).

### **Tras las motivaciones y el objeto, ¿dónde está el campo?**

La respuesta parece obvia: el “campo es Lavapiés”. ¿Sí, pero dónde queda? De nuevo la pregunta parece tonta, pero no lo es tanto.

### **El espacio-físico no es el lugar**

1. Administrativamente Lavapiés no existe; es la denominación popular que se le da a una zona del barrio de Embajadores, uno de los siete del distrito centro de Madrid. Popularamente designa un espacio físico concreto, más o menos delimitable: las rondas al sur, Embajadores y el Rastro al oeste, Tirso de Molina al norte, Doctor Fourquet o el Reina Sofía al este.
2. Pero más allá de esta delimitación física, Lavapiés no tiene un solo contorno, sino varios, en función de las distintas escalas de práctica en las cuales se integra. Si pensamos en Lavapiés como histórico “barrio bajo”, sus contornos se funden con los de Arganzuela en una suerte de figura de la imaginación de contornos físico geográficos imprecisos. Si pensamos en los okupas de Lavapiés, las páginas webs de intercambio y comunicación, los blogs a través de los que circulan los mensajes y las citas para impedir, por ejemplo, un desalojo. Seguir a los okupas es seguir estas redes virtuales y con nodos físicos que no están dentro del espacio físico y del barrio, que “estiran” el lugar. Si pensamos en la gestación y la gestión de la política pública de la rehabilitación nos encontramos con un entramado de instituciones municipales, autonómicas y

nacionales situadas dentro y fuera del barrio. Lo mismo con las asociaciones de vecinos. Seguir cualquiera de estas cadenas implica una etnografía multisituada en la que se traspasa continuamente la frontera dentro y fuera del espacio-físico del barrio. Queda claro pues que un “lugar” en sentido antropológico no es exactamente lo mismo que una ubicación físico-geográfica, y que un lugar se construye de manera plural a distintas escalas espacio-temporales. Así que hay “varios Lavapiés”. Pero no sólo eso, sino que también hay UN Lavapiés: el barrio de Lavapiés que se nos presenta como un fenómeno unitario (aunque complejo), y que es el efecto de procesos de articulación entre esas diversas cadenas de prácticas (por ejemplo, la rehabilitación de Lavapiés como arena política, construye un efecto unificador de “Lavapiés” constituyéndolo como un espacio, un contenedor, una figura para la discrepancia de puntos de vista. La complejidad del lugar antropológico queda patente, y también la necesidad de imaginar cómo se hace etnografía de ese lugar: no basta (aunque eso tb. haya que hacerlo) con pasearse con una grabadora por sus calles.

### **El rol en el “campo”**

En una ciudad, o en el barrio de una ciudad con xxx personas, no se puede pretender la misma entrada al campo que en una comunidad más pequeña. Una va entrando y saliendo de distintos espacios de su campo, que no son coincidentes ni están integrados por las mismas personas. En algunos contextos se puede ser un observador sin más (por ejemplo en una reunión general de vecinos del barrio, donde se puede hasta tomar notas de campo sin resultar extraña); en otros, una se puede presentar como “investigadora”, y eso puede justificar (aunque a veces no lo hace) el que un técnico de la administración se dedique hora y media a charlar contigo y contestar a tus preguntas sobre Lavapiés, frecuentemente juzgadas como superficiales o poco relevantes. –“¿Para cuándo uno de tantos investigadores en Lavapiés que pretende entrevistarnos nos devolverá algunas conclusiones de su trabajo que nos sean útiles en algo?”, me espetaron más de una vez. En otras ocasiones el acceso a la gente es difícil, y lo proporciona de manera más sencilla una institución experta que, por su parte, demanda que desempeñes un rol técnico al margen del rol investigador (por ejemplo, el rol de “voluntaria” de la trabajadora social del ambulatorio, que desempeñé durante meses y que me permitió acceder a las casas y a las vidas de muchos ancianos lavapiésinos y otras personas que

forman parte de lo que la institución llama “población marginal”). Otras veces la exigencia de identificación con los objetivos del grupo con el que se trabaja es alta, y entra en superposición con el propio rol de investigador, como sucede con los okupas, quienes esperan que tu trabajo “revierta al proyecto colectivo” de una manera práctica, concreta: -“hay que mojarse”, me decían. En este caso una observación sin participación en los objetivos del grupo de alguna manera contradice el sentido moral del colectivo. En cada caso se trata de negociaciones diversas y complejas, en las que una tiene que adaptar sus propios intereses y sus habilidades a las demandas o peticiones de otros, y, también, en algunos casos, saber sobrevivir a la siempre amarga sensación de terminar defraudando expectativas (el okupa que no sin retintín te recuerda que eres en realidad una “académica”, la anciana sin familia y con problemas de movilidad que te recuerda que un día dejarás de hacerle las visitas que le haces dos tardes a la semana, los inquilinos de un inmueble a la espera de desahucio por ruina que no pueden sino imaginar tu interés por ellos como derivado de tu pertenencia “al Ayuntamiento” –la trama de poderosas y desconocidas instituciones que pueden favorecerles con una vivienda o dejarles en la calle).

### **¿Desde dónde miramos? Prótesis visuales y políticas de la (auto)identificación**

Un último tema que me gustaría introducir tiene que ver con el vaivén entre lo teórico y lo empírico en el trabajo de campo, o con la cuestión: ¿qué vemos? Y ¿desde dónde miramos?

Es evidente que para ver necesitamos enfocar la mirada; vemos siempre “desde” algún sitio”. Existen unos presupuestos teóricos que orientan las hipótesis, las categorías de análisis, en suma la construcción de objeto.

En mi caso concreto desde el principio tuve que dialogar con la tradición de estudios de procesos de rehabilitación que se ha dado en llamar “enfoque de la gentrificación”; éste, que se ha sido habitual en muchos estudios que se han hecho desde los 80 en las ciencias social, los procesos de rehabilitación urbanística consisten en un inyección de capital público en áreas urbanas deterioradas pero potencialmente atractivas por su centralidad, etc., con el fin de revertir se proceso de deterioro (contribuyendo a financiar infraestructuras, equipamientos, subvenciones a propietarios o promotores para reformar inmuebles etc.). Esta inyección de capital público transforma al espacio en un

espacio rentable para desarrollo inmobiliarios orientados a clases de poder adquisitivo medio-alto. Esto provoca a la larga un proceso de gentrificación del barrio, por el cual los vecinos tradicionales de clase popular que no pueden hacer frente a los nuevos costes de la vivienda y de vida quedan expulsados por la propia dinámica del mercado inmobiliario. Esta tesis, bien conocida, ha sido documentada empíricamente en casi todas las grandes ciudades euro-americanas. Es también la tesis de gran parte del activismo político anti (o alter) rehabilitación, desde las asociaciones de vecinos a los okupas.

Influida por estas tesis, que implican un posicionamiento (o identificación teórico y político) comencé mi trabajo de campo analizando el discurso de los técnicos de la rehabilitación, los modos en los que la gestión de la misma por parte de los técnicos chocaban con las lógicas de vida en el barrio de la gente, los efectos –desahucios, amenazas de ruina,...- de la rehabilitación sobre el vecindario, el modo en el que los vecinos se movilizan para contestar a la rehabilitación, etc. Desde este tipo de mirada mi trabajo se hacía eco de otras etnografías sobre rehabilitación de centros urbanos, y del mismo discurso de gran parte del activismo político barrial y dibujaba o daba “carne etnográfica” a una serie de figuras y procesos globales: la producción de desigualdad en la ciudad por parte del “mercado” y el “estado” –que toman la forma de normativas y agentes concretos: técnicos, políticos, propietarios inmobiliarios con prácticas de especulación- y, por otro lado, el tejido vecinal como conjunto definido porque sufre los efectos de esas políticas “neoliberales” y por otra parte las resiste múltiples formas.

Este análisis me parece correcto e incorrecto a la vez. ¿Hay gentrificación en Lavapiés? La respuesta es sí, se dan algunos de los procesos que define el modelo: expulsión de población de menos recursos, dominio de la lógica de mercado sobre la producción de vivienda (la administración no puede obligar a rehabilitar a un propietario –salvo expedientes de ruina-, y algunos prefieren alquilar “camas calientes” a inmigrantes antes que rehabilitar).

Pero.... decía mi director de tesis una frase cuya relevancia no me parecía tal cuando se la escuché, pero sí ahora: “qué difícil es ser empírico”. Porque lo empírico es opaco y es proliferante, y no tiene nada que ver con “datos” que hacer encajar en un esquema previo. En el campo tienes que “dejarte decir algo por lo empírico”, y así en mi



etnografía me encontré con que ese terreno tan bien delimitado donde “el estado” y “el mercado” se oponen a “la gente” no era un suelo tan firme como parecía.

Por ejemplo, el “especulador” no era un agente externo al vecino; las prácticas de especulación son transversales al tejido vecinal: nadie está dispuesto a rehabilitar si no recibe una vivienda resultante o el equivalente en un inmueble igual o mejor valorado en el mercado inmobiliario; muchos vecinos se han mudado a nuevos pisos y mantienen los antiguos como inversión, etc. El “vecino” y el “especulador” estrictamente no se oponen (o se oponen a cierta escala de prácticas) sino que se superponen.

Lo mismo pasa con el “vecino” y el “gentrificador” (el nuevo habitante de clase media que llega al barrio con sus nuevas prácticas de consumo desplazando al residente popular). Los más críticos con la rehabilitación desde la denuncia de la gentrificación que produce, son precisamente (en gran parte) nuevos vecinos cuyas prácticas de ocio y consumo han transformado la fisonomía del barrio. El “mercado” no es una agencia unificada y abstracta que se opone al “vecino”. Ni “mercado”, ni “vecino”, ni “estado” (no tenemos tiempo de poner más ejemplos concretos de cómo las categorías pierden sus límites definidos) son agencias coherentes que se mantengan como tales transversalmente a todas las escalas de práctica, sino que emergen, con formas diferentes, de esas mismas escalas de práctica, que son las que hay que etnografiar.

En segundo lugar creo que es urgente para la antropología urbana hacer etnografía del estado y del mercado como cadenas de prácticas y no como agencias preexistentes o contextos abstractos que sirven de trasfondo a figuras “locales”, que son las únicas que parecen tener derecho a tener carne etnográfica.

La antropología es una disciplina de la complejidad, y con el trabajo de campo, lo real se expande. Los esquemas con los que uno se acercó al campo, necesariamente se transforman. Y no siempre es fácil, porque implican no sólo ideas teóricas, sino también posicionamientos políticos e identitarios de uno mismo, que inevitablemente quedan puestos en cuestión. Pero ahí mismo está el valor más profundo de la antropología como disciplina crítica; el asumir la complejidad irreducible de lo real, en aproximarse a lo diverso, a lo distinto y, en viaje de vuelta, percibir los límites en la configuración de nuestra propia identidad y abrir la posibilidad de que esos límites se configuren de otra

manera. Para todo eso la antropología como disciplina y el trabajo de campo como metodología son especialmente útiles (y casi estoy por decir que no tienen rival).